

JOAQUIN V. GONZALEZ (*)

Son tantas las veces que he tenido que hablar de Joaquín V. González que para no aburrirme en exceso conmigo mismo he tratado de dedicar mi atención a algunos aspectos fragmentarios de su personalidad después de haber escrito, hace un par de años, un trabajo acerca de su carácter integral. Uno de los inconvenientes que tiene el hablar tanto y, en este caso, el hablar último o tercero, es que las cosas más interesantes han sido dichas y le queda a uno nada más que un remanente en lo que respecta a la tarea que debemos realizar.

Yo diría que agradezco profundamente este acto de la Universidad Nacional del Litoral si no creyera que carezco de autoridad para agradecerlo por cuanto el acto, en sí mismo, es una expresión espontánea que logra su compensación sin necesidad de ninguna clase de agradecimientos externos, pero quiero sí, regocijarme con este acto académico, estrictamente académico, diría casi, tan estrictamente académico, que se le podría calificar de muy poco popular por la escasez de un auditorio que alguna vez he visto en mayor número y pienso que todos, todos juntos, estamos realizando hoy, en estos días, en este año, porque va a durar hasta fin de año seguramente, una labor de esclarecimiento público que reviste una extraña utilidad para nuestro país.

(*) Versión del discurso pronunciado en el acto central realizado por la comisión popular de homenaje al Dr. Joaquín V. González, en el paraninfo de la Universidad, el 1º de Mayo del corriente año.

Digo extraña, porque Joaquín V. González murió hace cuarenta años, va a hacer exactamente cuarenta años en diciembre, y en el tiempo que va transcurrido son muy pocos los argentinos que se han interesado por internarse en este frondoso bosque de su personalidad exuberante. Si pudiese invocar algún título, ahora, después de cuarenta años, ya que el Dr. Tissembaum ha tenido la amable indiscreción de recordar un hecho que nos coloca a mi, más que a él, por supuesto, inevitablemente en plena ancianidad, sería la circunstancia de haber hablado, de haber pronunciado un discurso en las exequias de Joaquín V. González, ejerciendo la representación de la Facultad de Derecho, es decir, él quiso que se llamara Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, nombre que todavía conserva ese Instituto en la Universidad de La Plata y que no ha sido imitado.

Hoy recordábamos que muchas son las cosas que González quiso dejar como jalones para marcar rumbos y que no han sido tomadas en cuenta. Somos rutinarios, pretensiosamente jóvenes, pero rutinarios y a veces envejecidos en la mayor parte de los actos de nuestra vida. Precisamente González es uno de los casos más extraños, más singulares que se puedan presentar a nuestra valoración, si es que somos capaces de valorar, porque de todos los hombres que ocupan un lugar muy saliente, muy destacado en la vida argentina, es Joaquín V. González el que está más próximo a nosotros, puesto que le hemos conocido. Hace un rato acaban de oír ustedes esa simpática anécdota del año 1915 en la que él, juntamente con los doctores Rodolfo Rivarola y Tomás R. Cullen, tuvieron la picardía de llevarme, de conducirme de los brazos hasta el balcón de una casa de familia, en esta ciudad, donde yo pronuncié mi primer discurso improvisado y hoy, por la Radio Universidad, he confesado que nunca he sabido después lo que dije; tal fue la perturbación que experimenté. Pero si entonces yo me atreví, aún forzado, a hablar por mi cuenta y sin haber escrito antes, en presencia de aquellos tres hombres ilustres, de los cuales uno era como un pariente de mi intimidad, Cullen y los otros dos mis maestros, Joaquín

V. González y Rodolfo Rivarola, cómo no voy a atreverme, después de 48 años transcurridos, a correr el riesgo de improvisar palabras, nada más que palabras, porque no improviso ideas ni sentimientos.

El caso de González a veces atemoriza, no obstante la frecuentación de su pensamiento. Suele ocurrirme que cuando me interno en la obra de González experimento una rara sensación de sumirme en un aspecto del infinito. Me pierdo. Son demasiadas cosas las que sabía este hombre y las sabía siempre demasiado bien para que uno pueda permitirse el atrevimiento de exponer su pensamiento. A veces tomo algún trozo de González para utilizarlo, para glosarlo; esta vez no lo he hecho así. Y quiero poner mi atención de un modo especial en la ubicación de la personalidad de Joaquín V. González en el proceso histórico del pensamiento argentino.

Desearía decir a ustedes, con la mayor claridad a mi alcance y con una cierta audacia, para la cual no pido compasión; desearía decirles cómo veo, ahora que tengo 10 años más de los que tenía González en el momento de su fallecimiento, cómo veo a Joaquín V. González desde este instante de la historia humana, no quiero decir de la vida argentina porque prefiero no hacer ninguna alusión a una situación lamentable.

Ustedes han oído un par de hermosos discursos, llenos de contenido y de enseñanzas, tal como lo habría deseado Joaquín V. González, en quien la enseñanza ocupaba un lugar de primera magnitud; pero quiero decirlo a mi modo, con un poco de irreverencia cuando haga falta y con mucho de indiscreción, cuando lo crea conveniente. Tengo siempre una cierta esperanza de que cuando cometa alguna imprudencia el público me lo va a perdonar y al final llego a la conclusión de que si no me lo perdona, lo siento mucho pero lo voy a hacer igual, porque esa es mi ley, es la ley de mi vida.

He tratado de ubicar a Joaquín V. González en la generación a la cual él perteneció, a la generación del 80; ha sido puesto en duda esto; lo ha dicho alguna vez, por ejemplo, el filósofo Francisco Romero, en forma dubitativa y en todo caso asig-

nándome la responsabilidad del dicho, que acepto de buen grado, pero hay que partir de este supuesto: la generación llamada del 80 transurre en dos momentos; uno, de hombres nacidos un poco antes de la mitad del siglo pasado; y otro de hombres que nacieron entre el año 1855 y 1865, unos 10 o 15 años después que el anterior. Los que pertenecían a la primera etapa de la generación del 80 eran personajes espléndidos. Salvador de Madariaga los llamaría magníficos señores, como no sé por qué razón calificó a Cristóbal Colón; todos eran espléndidos, abundantes, exuberantes, sobretodo en materia oral; no escribían mucho, pero hablaban mucho, hablaban bien, se dedicaban a la oratoria; hicieron de la elocuencia un arte y un arma política, un instrumento, no digo de juristas porque no lo creo, pero sí de estadistas y de políticos. Entre ellos había algunos juristas, pongamos el caso de Estanislao Zeballos; no tengo simpatía por la personalidad del jurista Estanislao Zeballos; prefiero el escritor de costumbres indígenas, pampeanas, en lo que a él se refiere. Ha dejado por ahí la huella de un pensamiento retrógrado y eso lo aleja de mí. Naturalmente yo me inclino también por la simpatía; hay personas que no creen en la fuerza de la simpatía. Ocupa un lugar muy importante porque es la revelación de un vínculo íntimo, a veces oculto, pero siempre poderoso que nace de los sentimientos y acaso de la naturaleza del ser.

He encontrado en Joaquín V. González el arquetipo de la segunda etapa de esa generación, generación de estudiosos, estudiosos con más método, menos elocuentes, menos retóricos, menos imponentes. Eran más estudiosos, universitarios y juristas que los anteriores; su labor ha sido acaso un poco modesta para lo que fue de meritoria y de todos ellos el que podría considerarse como genuino representante en el más alto sentido de la representación, es Joaquín V. González, del mismo modo que se podría decir que la expresión de la generación del 37 fue Estéban Echeverría, sin perjuicio de que hubiera hombres que supieran más que él entre sus compañeros de generación. González es la expresión de la generación del 80 en su segunda etapa, sin que nadie lo superase en saber.

Se cuenta la anécdota que siendo ministro del General Roca, ministro del Interior, lo interpeló Carlos Pellegrini. Probablemente Carlos Pellegrini en un debate debía apabullarlo con su sola presencia. González no era muy pequeño pero se achicaba cuando se sentaba, se reducía al mínimo y Pellegrini era una especie de desborde de la naturaleza. Cuando Roca le preguntó a González ¿no le teme a Pellegrini? González le dijo: nó, precisamente temerle, nó; yo reconozco que Pellegrini es un gran orador, mucho más que yo, es un estadista, es un político magnífico, formidable, y bajando la voz agregó: pero yo sé más que él, General. Porque cuando Pellegrini exhibía la espendidez de su persona física, González estudiaba; cuando los hombres de la primera etapa de la generación del 80 desarrollaban su actividad con un despliegue estupendo, con un derroche de personalidades individuales casi siempre de tipo verbal y de acción, González, silenciosamente, elaboraba su pensamiento más profundo, más metódico, de mayor alcance y con una proyección de futuro que les faltaba a los otros.

Por eso alguna vez he dicho —y ahí viene la explicación de por qué dije que a veces era imprudente o indiscreto— y lo repito ahora, que cuando los jóvenes de las generaciones que vienen se pregunten, perplejos, quiénes son esos personajes que están en las estatuas de la ciudad de Buenos Aires, en el mármol, en el bronce, en el granito, con estupendos monumentos y en admanes grandilocuentes de arengar multitudes, y pregunten ¿quiénes son? y no puedan saber de ellos nada más que una leve referencia anecdótica, González empezará a crecer en un monumento que no está hecho con ninguno de los materiales a los que me he referido, pero que es imperecedero, más que ellos: el de su obra, el de sus libros.

Advertan ustedes que ahora, cuando necesitamos invocar una autoridad que sea al mismo tiempo moral e intelectual a la vez, para apoyar un punto de vista de carácter institucional o jurídico y aún político el que sale a relucir —a veces él no lo desearía— es Joaquín V. González. Se le usa para bien y para mal; se le usa para fortalecer un pensamiento limpio y noble,

pero se le usa también para tratar de encubrir una trampa, cuando hace falta, porque no hemos perdido todavía ese vicio de ser tramposos en política. Al decir política no me refiero solamente a la pequeña intriga de comité, sino a la vida institucional de la Nación, porque abarca, necesaria e inevitablemente, lo más importante de la organización de un pueblo, que es su gobierno.

Además, González venía de las provincias, de una de las más humildes provincias argentinas; yo no se si era tan modesto como me parece; hay momentos en que tengo la impresión de que su soberbia era inmensurable, de ahí su modestia, porque no se quien alguna vez definió la modestia diciendo que era encubridora de una soberbia excesiva. Pero la verdad es que él venía de un pequeño rincón de la república, embellecido por él, hasta el punto de darle una personalidad insustituible en la literatura argentina y americana. Y empiezo su acción intelectual trabajando tesoneramente en el medio universitario; es el arquetipo del universitario González; fue ante todo universitario; fue político porque era una forma de extensión universitaria; fue legislador porque era una manera de realizar su pensamiento de universitario, y en la Universidad de Córdoba, donde no tenía mucho que aprender desde un punto de vista moderno, en el que ya él se había ubicado desde el comienzo, prepara sus primeros libros.

Este hombre amigo del libro que tuvo el acierto y la audacia de escribirlos desde muy joven, cuando otros de esos famosos próceres, tan mentados y tan relucientes, no escribieron nunca un libro, González escribió de su puño y letra —yo debo entregar los manuscritos dentro de pocos días a la Universidad de La Plata en acto oficial— 62 tomos. El había hecho del libro su modo natural de expresión. No dejaba de ser periodista cuando hacía falta; era orador sin pretensiones de oratoria; parecía que estaba reñida su oratoria con la elocuencia, con lo que solemos llamar elocuencia. Lo he oído muchas veces —y oírlo era necesariamente aburrirse porque hablaba con una monotonía fatigosa— y, eso sí, él trataba de que lo que decía no se perdiese en el aire. Alguna vez dijo, cuando se iba quedando solo en el

Senado y le advirtieron que así estaba ocurriendo: “No importa, yo no hablo para ellos, hablo para el Diario de Sesiones”; y ahí en el Diario de Sesiones está.

Es aquí donde entro al “quid” del problema. Cuando González aparece en el escenario intelectual argentino, no político, todavía la figura de Alberdi domina la escena y el escenario con su filosofía propia, con sus puntos de vista, con sus modos de ver, que el mismo Alberdi advirtió con una insistencia digna de mejor suerte, porque hay quienes se empeñan en no tomarla en cuenta, que él cuando escribía las Bases, por ejemplo, y cuando hacía su proyecto de Constitución, en 1852, no pensaba de ningún modo que estaba haciendo algo definitivo y perdurable. El llamaba a eso una Constitución de transición y él mismo sin hipocresía, confesaba de un modo natural alguna de esas cosas que hoy podríamos considerar motivo de censura; por ejemplo, cuando decía que la Constitución que él proyectaba era de fondo monárquico y de forma republicana. La historia nos ha demostrado que tenía razón, porque todavía seguimos con una Constitución de fondo monárquico y de forma republicana.

González tenía que encarar el problema constitucional y muy joven, tan joven que asombra, escribe obras fundamentales; es interesante recordarlo, porque la gloria literaria de González en “Mis Montañas” o en “La tradición nacional”, ha obscurecido la que le corresponde como pensador político y como pensador en el orden sociológico. No tenía 25 años, cuando publicó su tesis “La Revolución” y pasó un poco inadvertida, porque si hubiese sido observada con atención, esa obra hubiese causado a su vez una revolución. Era un modo de revolucionar la ciencia política y lo hacía con una seguridad de maestro; eso es lo que tiene de asombroso, en ningún momento de una obra como ésa aparece el joven estudiante; es el maestro el que habla, es el pensador que ha madurado muy tempranamente y que ya dice cosas definitivas.

Luego escribe obras de corte más literario, pero en las que se va perfilando una modalidad distinta a la generación ante-

rior. Hay en él un hálito espiritualista permanentemente inquieto y presente. La actitud positivista en filosofía y a veces francamente utilitarista que había caracterizado a Alberdi y a quienes la acompañaron o siguieron, aquí tiene un rumbo nuevo, una distinta manera de ver, sin que González lo diga, porque mucho menos imprudente, que yo que estoy hablando, cuando construía algo no se empeñaba en decir que lo que él derribaba al construir ya había caducado.

Es interesante comprender que es muy valioso para el acervo moral de un pueblo, y aún para su acervo cultural, el permanente recuerdo y la exaltación de sus grandes personalidades, pero hay que evitar un riesgo siempre en acecho y es el de convertir a los personajes que nos parecen grandes en muchos más grandes y absorbentes de lo que son y de lo que quisieron ser. Yo confieso que mi espíritu crítico, muy alerta generalmente, no me impide tener la más grande admiración por esos hombres, pero no llevo hasta el extremo de creer que es bueno todo lo que hicieron y de que deben aceptarse sus errores como camino para la acción de nuestro tiempo y como banderas de carácter ideológico. Creo que el tiempo tiene sus exigencias y por esa causa es que me siento más cerca del que ha interpretado su presente proyectándolo sobre este futuro, que ahora es presente, tal como lo hizo González. Por otra parte, es tan amplio el escenario intelectual de González que uno encuentra la satisfacción de cualquiera de sus inquietudes en el pensamiento llamado ahora "Gonzaliano".

A mi juicio, González pudo realizar su labor por la circunstancia muy favorable desde el punto de vista en que me coloco, de ser él provinciano. Yo tengo una tradición porteña por todas las puntas, pero no soy porteño y lo celebro enormemente. Confieso que me fastidian un poco los porteños con su natural pedantería. Hay veces que, fuera del país, he tenido que sufrir esta observación a guisa de elogio: "¡Ah, pero usted no parece argentino!" —lo que querían decir era que yo parecía porteño— "porque usted no habla como los argentinos", y es que creían que los argentinos hablaban como los jugado-

res de foot-ball, que viajaban por los países donde daban unas patadas maravillosas y usaban la cabeza para la pelota, pero para nada más, y los porteños tienen su inconveniente en eso. Creo que los porteños pierden mucho tiempo que ganan los provincianos y debo confesar que si he llegado a tener una lista de libros tan abundante que hasta me avergüenza por su cantidad —ya empiezo a contarlos por decenas—, lo cierto es que eso lo elaboré fuera de la capital, cuando no vivía en Buenos Aires; las realicé en la ciudad de Buenos Aires, pero las imaginé, las intuí, e incluso las elaboré en una ciudad de provincia, en una pequeña ciudad como era La Plata y lo celebro mucho porque comprendo que a los jóvenes las ciudades del estilo de las grandes ciudades, los absorbe y los aniquilan con su sola existencia material, ruidosa y luminosa en el sentido de artefactos artificiales, no de luminosidad espiritual y González traía la otra. Lo mismo que habían hecho Alberdi y Sarmiento, hizo González.

A mi ver, plantea González, sin proponérselo —vuelvo a aclarar— fundamentales diferencias con la generación del 37, es decir, la generación de Alberdi y de Sarmiento. Tengo la idea de que González es la personalidad espiritual más completa de la América en este siglo y lo coloco en un plano superior a cualquiera de los grandes argentinos en relación al valor intrínseco de su obra espiritual o intelectual. Y no es por la cantidad del saber; es por la calidad del saber. He hecho alguna anotación en este papel sobre las diferencias, tomando como arquetipo de la generación del 37, desde el punto de vista filosófico e intelectual y técnico, a Juan Bautista Alberdi y de la otra, de la generación del 80, siempre recalando que es la última promoción, a Joaquín V. González, voy a hacer una enumeración rápida, susceptible de muchas objeciones que me parecen convenientes porque nunca he creído que se deba partir del supuesto de que el que escucha está de acuerdo con el que habla. Recuerdo que me impresionó una observación que el escritor francés Gastón Boissier, pone en boca de Cicerón en un libro que se llama "Cicerón y sus ami-

gos". Hay un momento en el que caminando, creo que es, por la ciudad de Baia, lugar de veraneo, en el sur de Italia, con uno de sus amigos que le era muy adieto, en un momento de impaciencia le dijo: 'contradíceme, por favor, para que no tenga la sensación de estar solo" y yo creo que eso les debería pasar o les pasa, en el fondo, a todos los hombres de pensamiento. Por ejemplo, el sentido positivista y científicista de la generación del 37, representada por Alberdi, no es el de González. González es un gran partidario del progreso de las ciencias, pero su ideal no es el cientifismo, de ninguna manera. Él va mucho más allá, su concepción del mundo y de la vida no se detiene en las posibilidades de la técnica y hay en él una constante insistencia en señalar, aunque un poco difusamente, la diferencia que hay entre civilización y cultura: la civilización es el dominio extensivo y cuantitativo del hombre sobre la naturaleza física, convirtiéndola en algo que está a su servicio. La cultura es el dominio intensivo y cualitativo del hombre sobre su personalidad y del mismo modo que la civilización se traduce en técnica, la cultura se traduce en ética y hay ahí una contraposición que hoy vemos en el mundo, a medida que la ciencia técnica avanza. Yo diría las ciencias, utilizando la clasificación que proviene inicialmente de Aristóteles, el primer clasificador de las ciencias y que al pluralizarlas las convirtió en formas de la técnica apartándose del sentido antiguo de la ciencia como filosofía, como unidad integral que era esencialmente cultura y diría que del mismo modo que la cultura es el problema de los fines, la técnica o la civilización material, que es la única susceptible del progreso cuantitativo, es el problema de los medios y, desgraciados los pueblos en los cuales los fines están subordinados a los medios.

En Alberdi no aparece ese distingo; él tenía la obsesión de las ciencias, del progreso, de la técnica, y González de la cultura. No se puede negar que Alberdi era un hombre de una cultura extraordinaria, hasta exquisita, pero su preocupación de estadista estaba enderezada hacia ese rumbo y era tan exagerada esa orientación en Alberdi que hay veces que, confieso,

hasta me ha dolido físicamente, la manera que tiene de encajar ciertos problemas, subordinándolos al beneficio material que pueden producir. Por ejemplo, cuando habla de la libertad y la ofrece como una ventaja al extranjero que vendrá, se olvida de lo que significa la libertad por sí misma, para el hombre, para el hombre que existía aquí y para el que existirá mañana. No es la libertad un producto aprovechable solamente para una ventaja de tipo cuantitativo y en todo caso demográfico y sin embargo incurrió en eso. En González no aparece ese error. En él la cultura es algo nítido y la libertad perfectamente perfilada.

Otro de los hombres de la generación a la que perteneció González, es don Alejandro Korn, hombre que tuvo la mala suerte de vivir siempre en una pequeña ciudad; ustedes habrán observado que los hombres suelen tener el tamaño de las ciudades a las que pertenecen y así puede ocurrir que un insignificante resulte del tamaño de la ciudad de Buenos Aires y un grande hombre resulta reducido al mínimo de su expresión porque tiene, al fin de cuentas, el tamaño que se le asigna, el de la pequeña ciudad a la que perteneció. Alejandro Korn, el primer filósofo de América, fue olvidado y descuidado. Y junto con González es otro de los maestros del pensamiento argentino que influyen en esta transformación espiritual de la generación a la que perteneció. Escribió una vez Alejandro Korn, y yo siento leer porque... pero quiero leerles algo de Alejandro Korn. Estoy seguro de que no la ha leído sino un mínimo de personas y van a ver lo que dice.

Tuve con él una amistad muy estrecha y lo quise entrañablemente; también hablé en su tumba. Podría alguna vez decir que entre los motivos que tengo de orgullo y satisfacción a lo largo de mi ya larga vida, es haber ocupado un lugar en el momento en el que estos hombres se despedían de la vida y haber dicho una palabra en nombre de sus discípulos o de sus amigos en ese instante. En un trabajo que escribió Korn, que se llama "Las nuevas bases", dice esto: "El programa alberdiano postula como fin el desarrollo económico y como medio la

asimilación de la cultura europea; su faz negativa es el repudio de la tradición hispano-colonial y de los valores étnicos del ambiente eriollo.

Pero bien cabe preguntar si a setenta y tantos años — ahora son muchos más— de distancia el problema económico argentino no ha experimentado alguna modificación. ¿Acaso aún subsisten los mismos caracteres que contempló Alberdi? Para él lo fundamental era crear la riqueza; hoy quizás convenga pensar también en su distribución equitativa. Los abalorios del liberalismo burgués se han vuelto algo mohosos y algunos principios jurídicos —posiblemente el de la propia edad— han experimentado cierta evolución, ¿seguiremos creyendo que la ley de la oferta y de la demanda rige todavía, como a una mercadería cualquiera, al trabajo humano?”

En otra parte dice: “En la colación de grados de la Facultad de Derecho del año 1899, Juan Agustín García, después de recomendar el retorno a los estudios clásicos— el latín, el griego, la literatura, la filosofía— e insistir en la aplicación de los métodos científicos al estudio preferente de la vida argentina, dice: “si al pensar en el porvenir de la República Argentina, la imaginara como una colosal estancia cruzada de ferrocarriles y de canales, llena de talleres, con populosas ciudades, abundantes riquezas de todo género, pero sin un sabio, un artista y un filósofo, preferiría pertenecer al más miserable rincón de la tierra donde todavía vibrara el sentimiento de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno”, —cso decía Juan Agustín García—. “Ni en el estrado —agrega Korn— ni en el estrado ni en el aula le comprendieron. Y el mismo García, positivista a medias y fervoroso alberdiano, no alcanzaba a ver que la realización de sus nobles propósitos requería un vuelco despiadado de la ideología imperante.

“De entonces a acá la sensación del malestar espiritual ha crecido, pero sin definirse en la conciencia nacional. Habitados a importar nuestras ideas, exploramos el horizonte desde Moscú o Madrid y no atinamos a quién encomendar nuestra cura mental. Descubrimos que el caso nuestro no es singular.

La desorientación ideológica del presente es un fenómeno universal; participamos de ella como integrantes del orbe ideal al cual pertenecemos. El desenlace futuro de la crisis europea también para nosotros ha de ser decisivo. ¿Hemos de esperar por eso con los brazos cruzados que en las calles de París o de Londres se decida la suerte del pueblo argentino?”. Y agrega: “No fue esa la actitud de Alberdi. Pero en lugar de seguir el ejemplo del gran pensador, de concentrarnos y de afrontar con ánimo resuelto el problema nuestro, reflejamos como un microcosmos hasta los matices del descalabro universal”.

Después agrega, y qué curioso, entre las personas que él, que Korn nombra y señala no está González, no sé por qué misteriosa razón estuvo ausente de su pensamiento en el instante en que escribió esto, pero yo lo pongo, porque de las palabras de Korn se puede decir que brota la figura de González, precisamente para demostrar que esto que él quiso lo estuvo haciendo González con un esfuerzo denodado y si no consiguió triunfar es porque González se adelantó en la historia casi un siglo a su época. Nosotros estamos todavía muy por debajo de la posición de Joaquín V. González. “Aunque pocos, dice Korn, ya a fines del siglo pasado hubo entre nosotros quienes tuvieron la sensación del desgaste de la ideología consagrada y presintieron la necesidad de renovarla. Ingenieros, en primer lugar, luchó por elevar el concepto positivista más con el vigor de su talento, que con el flojo sucedáneo del dogmatismo científico que al fin no pasa de ser un positivismo con ribetes”.

“Ricardo Rojas lanzó el gran pensamiento en la restauración nacionalista, no como un retorno al pasado, ni como un culto postizo de los próceres, sino como una palingenesia de energías ingénitas e históricas, latentes en las entrañas de nuestro pueblo”.

“La obra más orgánica y coherente se la debemos a la pertinacia tesonera del Dr. Justo. El Partido Socialista representa de hecho la fuerza renovadora más disciplinada”. Les ruego

que adviertan, que comprendan que esto no lo digo como político y que no me considero un político y mucho menos en una Universidad. "Aparte de su influencia política ha ejercido una intensa influencia educadora; no nos perturbe la aparente estrechez de su base teórica. El socialismo, en realidad, se ha dado cuenta de que el problema social, más que económico, es un problema ético; públicamente no puede confesarlo, porque este pensamiento no es de Marx, sino de Le Play, Schmoller y de León XIII. Los dirigentes saben, empero, que sus propósitos no pueden realizarse sin la condición previa de una elevación intelectual y moral de las masas. De no ser así, como suele acontecer, la iglesia triunfante olvidaría pronto las virtudes pregonadas por la iglesia militante. Ninguna de estas iniciativas se ha impuesto hasta la fecha como una solución nacional, aunque en su oportunidad han de concurrir a realizarla, por ahora no hay nada más, solamente un valor sintomático se ha de conceder al desquicio evidente de todas nuestras oligarquías políticas, labradas por tendencias disolventes, ineptas para la obra constructiva". Y termina diciendo en estas páginas, que yo salteo, por cierto; que leo haciendo un aparte en mis costumbres, ya que no suelo leer ni siquiera lo mío, porque considero de mucha importancia este pensamiento para juzgar a González: "planteado el problema en términos argentinos, significa poner en tela de juicio las bases, nuestro dogma nacional. ¿Con Alberdi o contra Alberdi?". Lo uno y lo otro, por más paradójico que parezca. Solamente dentro de un proceso evolutivo que fusione el pasado irreversible con las exigencias imperativas del presente, hallaremos la solución nacional. Hemos de reafirmar al concepto alberdiano en cuanto conserva de impulso vital y no es poco. Hemos de adaptarlo a un ambiente modificado, acentuar, agregar aspectos que para el autor fueron secundarios o utópicos.

"Ninguna ideología argentina puede olvidar el factor económico, el resorte pragmático de la existencia, pero el progreso material puede dignificarse con el concepto ético de la justicia social. Luego la evolución económica no ha de ser por

fuerza la finalidad; debemos concebirla como un medio para realizar una cultura nacional". Esto no lo habría negado el mismo Alberdi, pero a su juicio la cultura se identifica con la destreza técnica. A esta hora ya podemos imaginarla como manifestación de la propia capacidad creadora en las ciencias, las artes y las letras; como la afirmación espontánea del pensamiento argentino.

Y, para terminar, estas últimas palabras de Alejandro Korn: "*Justicia social - cultura nacional*: no es cuestión de incorporar dos frases más al verbalismo corriente. Ya hace rato que las escuchamos con excesiva frecuencia —él no las escuchó tanto como nosotros— ya son lugares comunes. Nos falta la actitud espiritual que las convierta en energías, siquiera incipientes, semejante empeño no puede conciliarse con la vieja ideología. Para alojarlas como ideas directoras en la conciencia nacional es menester renovar los conceptos básicos, es decir, las Bases de Alberdi. Lo dijo el maestro —y es el mismo Alberdi—: la edad de oro de la República Argentina no está en el pasado sino en el futuro. Lo dijo para su época y para todas las subsiguientes, la edad de oro es un ideal; de continuo rige el proceso dinámico que sin reposo nos impele hacia más altos destinos, si es que nos mueve la voluntad de alcanzarlos".

Estas palabras, que yo he querido leer hoy, son también mi pensamiento, por eso las leo, pero están mucho mejor dichas de lo que yo puedo hacerlo. Alejandro Korn era además de un gran filósofo un extraordinario escritor, aunque no se le nombre siquiera en tal carácter. Podría hacerse una especie de tabla comparativa, que yo voy a trazar con una rapidez vertiginosa. ¡Ojalá esto provoque inquietudes y hasta desazones, porque nos está haciendo falta pensar; estamos oyendo todos los días decir lugares comunes, idioteces, tenemos un escenario de liliputienses en la vida pública argentina y nos estamos disminuyendo todos los días un poco más. Para reaccionar contra eso debemos activar nuestro pensamiento aún rebelde, como debe ser.

El pensamiento es naturalmente rebelde porque sin cierta

cantidad de rebeldía destructora no se construye nada y Korn recuerda algo de Augusto Comte, irremplazable. Dice Augusto Comte: "Nada ha caducado si todavía no es substituido". Yo he hecho esta observación: en el problema de la riqueza preocupó a González lo relativo a su distribución y especialmente al problema del trabajo, hasta entonces motivo de alguna veleidad pero nada más. En lo tocante a la libertad, en González ella se convierte en un problema humano y nuestro, de ningún modo subordinado a un interés utilitario.

En lo que se refiere a la propiedad González retoma la línea de Belgrano, Rivadavia y Echeverría, poniendo el acento en lo social. Su obra constructiva en materia de legislación minera lo presenta como un audaz innovador y precursor del sentido social que cierto tipo de propiedad reviste y especialmente la tierra y el subsuelo. Si hubiéramos seguido el pensamiento de González no existiría la tragedia del petróleo en la República Argentina. También en cuanto al sufragio, que había sido incluido en las constituciones hasta 1819, y que en 1821 el gobierno de la provincia de Buenos Aires, por inspiración de Rivadavia, organizó mediante una ley electoral y desde entonces se ha convertido en un asunto extra-constitucional, lo que resulta inexplicable y absurdo, pero así fue. Y por una expresión puesta en la Constitución con un sentido muy distinto al que se le ha querido dar en una interpretación minúscula, se estaba deteniendo el proceso de natural evolución en materia electoral, hasta el punto de que González no se atrevió a enfrentarse con esa expresión —"a simple pluralidad de sufragios"— y cuando trató ese problema lo hizo soslayándolo, pero quiso dar representación a las minorías y usó el sistema del voto uninominal por circunscriptciones, después adulterado en una época lamentablemente reciente.

En materia del Derecho, González lo hace más humano y más justo, menos retórico, menos oratorio, menos elocuente tal vez, con un sentido de modernidad que no tenían "Las Bases". Yo distingo en las obras de Alberdi la que conceptúo inmortal realmente que es "El crimen de la guerra" y lo distin-

go de “Las Bases” a las que no le asigno igual importancia, aunque la haya tenido en un momento de nuestra vida, pero no la importancia intrínseca que se le atribuye.

La ley del trabajo de González, el Código del trabajo, eso que provoca tanta resistencia, incluso en los especialistas, es de un extraordinario valor.

Debo declarar que en el deseo de reunir en un volumen el pensamiento de los hombres que siendo especializados no están encerrados en ningún corral intelectual, propuse al Dr. Tissembaum para que en esa obra que se ha de publicar, sea el encargado de estudiar la personalidad de González en su carácter de precursor del Derecho laboral, como autor del proyecto del Código de Trabajo de 1904. En lo que se refiere a la historia, González fue historiador, ¡y cómo! Lo fue con una inquietud y una preocupación centrales que dominan toda su obra: es la indagación de la conciencia nacional argentina, lo que no había hecho nadie en la medida que él lo hizo cuando escribió su libro “El juicio del siglo”.

El problema de la cultura, como problema de espiritualidad ética es fácil que lo entendiera González por la universalidad de su cultura y porque se había sumergido en la infinidad del saber antiguo, incluso de la filosofía oriental. Allí encontró perspectivas insospechadas para quien sólo se reduce a lo occidental y que se deja encandilar por el progreso material al que llamamos civilización; eso no le ocurrió a González.

Si se trata del patriotismo, González censura el tipo de patriotismo oficial, ese patriotismo idiota que todos conocemos, y que está siempre en los actos oficiales como un “leit motiv”. Incluso para los que van a cometer las más grandes villanías, siempre aparece el patriotismo y la patria. No hace mucho, en una charla, cedí a la tentación de una imagen y de un recuerdo y que provocó alguna molestia —y yo espero que ahora no suceda lo mismo—; es un poco vulgar el recuerdo, pero está bien que salgamos de cuando en cuando de la extrema pulcritud. Si somos demasiados compuestos y pulcros vamos a hacer

muy pocas cosas útiles. Almafuerde decía: “El obrero mejor, el que más hace, tiene las manos, más que todos, sucias”.

Mi recuerdo es éste: me preocupaba en mi infancia, en mi adolescencia, el problema de la patria como sentimiento y como idea, pero me preocupaba también porque yo oía hablar mucho de la patria, a gente que consideraba poco digna de mi respeto. Un día oí decir a mi padre: “cuando oigas hablar demasiado de la patria, hijo, desconfía porque se trata de alguien que quiere lucrarse con ella”. En cierta oportunidad oía a un orador que hacía un ademán rítmico o movimiento vertical de la mano, y yo, que lo estaba observando, de repente tuve la percepción de lo que significaba eso. El hombre estaba ordeñando; no se lo proponía, pero era un gesto de ordeño y yo me dije entonces, “ahora comprendo; para este hombre la patria es una vaca lechera ordeñable y no es raro que así sea en un país ganadero donde la vaca constituye el elemento principal de sus riquezas”.

Todas las culturas, todas las civilizaciones antiguas ofrecen ese ejemplo; el animal vacuno es objeto de un culto especial y así ocurría entre nosotros. González habla de ese asunto y, por supuesto, lo dice con desprecio para los que usan de la patria con un “bla . . . bla . . .” —entonces no se usaba esa terminología breve y expresiva— pero señalaba el peligro y el inconveniente de quienes utilizan la patria para sacar ventajas, lo que no ha terminado, por supuesto.

El proyectaba su idea de patria como un puente infinitamente largo que terminaba en una abstracción de universalidad y, por eso, también me era tan extraordinariamente elevado y amplio. Yo siempre he creído que América es universalidad. Lo es en los hechos, en la realidad. Se podría demostrar que tenemos un sentido universal de la vida que no tienen los europeos. Basta leer un diario cualquiera para comprender que de todas partes del mundo viene hacia nosotros algo que tiene caracteres de universalidad.

González no hablaba de internacionalismo y hacía bien; el internacionalismo no es más que un superar fronteras materia-

les y la universalidad es la concepción unitaria del universo en el hombre y por eso encontré muy feliz, que otro escritor de los que concurren a la formación de ese libro que estamos preparando, además de escritor, poeta y filósofo, también poco conocido porque pertenece a las montañas catamarqueñas, que se llama Carlos B. Quiroga, en el trabajo que me dio sobre el libro "Mis Montañas", desarrolla así, brevemente, pero de un modo rotundo, la idea de que el sentido que tiene González de la vida es cósmico, pero no es como se ha pretendido panteísmo. No lo dice en forma polémica, sino afirmativa, dice *pansiquismo*, porque lo que ha hecho González es poner el alma universal en cada una de las cosas del mundo, creando así un sentido integral, donde se funde lo material y lo espiritual con evidente primacía de lo espiritual.

Así entendido, este esfuerzo que realizó González y que está en sus obras, dará sus frutos, porque, afortunadamente, no es tan sólo la obra de un filósofo, ni de un poeta —que ambas cosas fue—, sino de un pensador y de un hombre que trajo a la acción, en el terreno de los hechos, cada una de sus idealidades convertidas en iniciativas. Si nosotros siguiéramos ese camino, creo que habríamos encontrado el rumbo de la patria, de lo que él llamó un día, acaso como imagen de la más perfecta pureza "la patria blanca".

CARLOS SANCHEZ VIAMONTE

Florida 910, 3° B, Buenos Aires

